

Fundamentos Filosóficos de la Educación (EDFU 4019)
Pedro Subirats Camaraza

Ética: significados y etimologías

1. La simple *curiosidad* -el simple deseo de saber- y la implacable *necesidad* parecen ser dos buenos motivos para interesarse por conocer algo. Por la curiosidad empezó -como es conocido- todo deseo de saber, y la necesidad -como también es conocido- enseña más que escuelas y universidades. No tiene de extraño que las gentes se interesen por la ética, porque simplemente tienen curiosidad o les resulta atractiva, o porque tienen un dilema “ético”, o porque tienen que decidir qué valores transmitir a sus generaciones, o por ser educadores que les concierne directamente en sus trabajos y personalmente en sus vidas -quierase o no, créase o no, en educadores vivir y trabajar van parejos-. Los escritos sobre ética son incontables y accesibles en innumerables fuentes. Éste es uno más para conversar con estudiantes del curso de filosofía educativa. Espero les anime a pensar, a buscar, a dialogar entre sí, a preguntar y responder, a cuestionar preguntas y respuestas, seguir buscando, en fin, a vivir y examinar la vida concientemente.

2. La ética es parte de la filosofía que reflexiona sobre la moral, y por eso en la historia de la filosofía recibe también el nombre de “filosofía moral”. Igual que hay dimensiones de la filosofía que tratan sobre la ciencia, la política, la religión, el arte, el derecho, la historia, la educación, la tecnología, los medios, etc., también la reflexión filosófica se ocupa de la moralidad y entonces recibe el nombre de ética.

3. La filosofía suele tratar sus objetos de estudio con un lenguaje filosófico impenetrable. El lenguaje de filósofos (y docentes de filosofía) en no pocas ocasiones resulta esotérico, y preciso es reconocer que algunos se esfuerzan por que así lo sea. Quizá ellos mismos no entienden qué dicen; o por dar a su saber un cierto grado de sublimidad. Y la gente pudiera creer que lo ininteligible es más profundo que lo diáfano, que lo complicado es más real que lo simple, que lo abstracto es superior a lo concreto, y por eso al terminar una conferencia abstrusa, los ingenuos dicen “¡Qué profundidad! ¡No entendí nada!”.

Sólo que con el tiempo se cansan oyentes y lectores. Si uno tiene que hacer un esfuerzo para entender algo, que estimula el interés por saber, y efectivamente, se aprende algo nuevo, o se ve diferente algo familiar, el esfuerzo vale la pena. Pero si el esfuerzo rebasa nuestra capacidad de comprensión, se suscita apatía. A la larga, la ininteligibilidad tiene, lógicamente, un efecto disuasorio y no provocativo, y la gente acaba pensando que allá se las arreglen los intelectuales y académicos con su jerga esotérica incomprensible.

4. Razón tenía Ortega al afirmar que la claridad es la cortesía del filósofo, pero aún se quedaba corto: es un deber moral no sólo de filósofos y educadores, sino de todos los que se preocupan por construir un mundo más humano, porque este mundo no puede edificarse desde la mutua incomprensión, sino de la comprensión recíproca. Cosa que en ética es y debe ser posible. En primer lugar, porque trata sobre algo que todos llevamos en las entrañas -es decir, la moral- y por eso tenemos las antenas preparadas como para

sintonizar con lo que de ella se diga. No hay nadie amoral, entre otras razones, porque todos reaccionamos cuando se utilizan términos propios del lenguaje moral, como “honradez”, “justicia”, “maldad”, “bueno”, “lealtad”. Pero, en segundo lugar, la ética es especialmente accesible a cualquier persona pues el lenguaje que emplea es el llamado “lenguaje ordinario”, el que habla el ciudadano de la calle, y no el lenguaje formalizado, como el de la lógica, las matemáticas o la metafísica.

A fuerza de siglos de reflexión filosófica, algunos términos del lenguaje cotidiano se han cargado de un significado que sólo reconocen en su profundidad quienes se dedican a estudiarlo; por otra parte, “expertos” en ética -como ocurre dondequiera que aparecen expertos- emplean para hablar entre sí expresiones que funcionan como claves; claves que no precisan ser descifradas. Supongamos que un docente de ética dice “me refiero a la idea de felicidad en el sentido de Aristóteles, no de S. Agustín”. Naturalmente quien no sepa de la ética aristotélica ni del santo devoto, no entenderá en qué sentidos el hablante emplea el término; pero si se trata de gentes que conocen la filosofía de uno y la teología de otro sobre la felicidad, no necesitan explicitar lo que dicen. Cosa que ocurre no sólo en lenguajes técnicos, sino en el habla cotidiana, cuando alguien dice mi amor es “platónico”, y no aclara en qué consiste la doctrina platónica.

5. Precisamente un problema educativo es la ignorancia de la filosofía en el currículo escolar. La creencia de que aprender filosofía es demasiado abstracto y difícil para niños y jóvenes, no es verdad. Al contrario, estudiar filosofía -enseñada y aprendida con gusto- es una de las experiencias educativas más estimulantes en el conocimiento de sí y en la comprensión del mundo. El desconocer las raíces de la civilización occidental en las culturas filosóficas griega, romana, cristiana, árabe, medieval, moderna, actual, e ignorar las relaciones de las ideas y corrientes filosóficas con la economía, la política, la ciencia, las tecnologías, el arte, es un grave déficit educacional; pero ese tema para otra ocasión.

6. Un modo de aproximarnos a la comprensión de la ética es por vía de los significados y las etimologías. Mucha gente se pregunta con frecuencia si ética y moral significan lo mismo y, en el caso que así no sea, qué significan cada una de esas palabras. Porque es un hecho que en el lenguaje común suelen alternarse como sinónimas. Ética y moral se distinguen en que, mientras la moral forma parte de la vida cotidiana de las sociedades e individuos y no la han inventado los filósofos, la ética es un saber filosófico: mientras la moral tiene “apellidos” de la vida social -“moral cristiana”, “moral islámica”, “moral socialista-, la ética tiene nombres filosóficos -“aristotélica”, “estoica”, “kantiana”-.

7. La verdad es que las palabras “ética” y “moral”, en sus orígenes griego *éthos* y latino *mos*, significan prácticamente lo mismo: **carácter, costumbres**. Ambas expresiones se refieren, a fin de cuentas, a un tipo de saber que nos orienta para forjarnos un **buen carácter**, que nos permita enfrentar la vida con altura humana, con dignidad, en suma, ser **justos y felices**. Porque se puede ser un habilísimo político, un sagaz empresario, un profesional talentoso, un alto jerarca eclesial, un rotundo triunfador en la vida social, y a la vez una persona humanamente impresentable, un sinvergüenza. De ahí que la ética y la moral nos ayuden a labrarnos un buen carácter para ser **humanamente íntegros**.

8. Puesto que la etimología de ambos términos es similar, es comprensible que en el lenguaje cotidiano se tomen como sinónimos. Pero como en filosofía es necesario

establecer la distinción entre estos dos niveles de reflexión y de lenguaje -el de forjar el carácter en la vida cotidiana, y de la dimensión de la filosofía que reflexiona sobre la forja del carácter-, empleamos para el primer nivel la palabra “moral” y la palabra “ética” para el segundo. Justamente por moverse en dos niveles de reflexión distintos –el cotidiano y el filosófico-, José L. Aranguren ha llamado a la moral “moral vivida”, y a la ética “moral pensada” (*Ética, Obras Completas*, II, Trotta, Madrid, 1994), una diferencia hoy clásica en la filosofía. Así, convendría explorar los orígenes etimológicos.

9. El vocablo ética proviene del griego *ethos*, que presenta una duplicidad, pues existen en la lengua griega dos términos casi idénticos en su pronunciación y muy similares en su significado. El significado original *ethos con épsilon*, es el siguiente: uso o costumbre, entendido algo superficialmente como modo externo de comportamiento. El significado, en cambio, *ethos con eta* es más amplio y enriquecedor: abarca desde una designación descriptiva como lugar o patria, hasta una concepción de algo específicamente humano: costumbre como modo de ser, talante, carácter, modo de pensar, un hábito moral. Se da por tanto un significado más profundo, de *ethos con eta*, que el significado original de *ethos con épsilon*, como notó Aristóteles en *Ética a Nicómaco* (1,II,c.1). Con respecto al castellano “ética”, el vocablo griego *ethos* tiene un sentido más hondo. Lo ético -*ethos*- comprende, ante todo, las disposiciones del humano, las virtudes, el carácter, el modo de vivir, el hábitat, la morada del ser (Heidegger). Yo y *ethos* somos uno, mi ser habita en mi ética: expresión profunda en la ética y estética del ser.

10. La etimología del vocablo moral proporciona una comprensión histórica. Cuando los romanos del Imperio -para quienes era central la reflexión sobre la praxis ordenada- quisieron encontrar términos que tuviesen la carga semántica de costumbre o manera de actuar, inventaron el término *moralis* que procede de *mos* (costumbre, carácter, modo de ser). Ya el genio de Aristóteles había ligado su investigación sobre el modelo de ciudadano ateniense con el *ethos*. Etimológicamente, pues, *moral* significa modo de ser que se manifiesta en manera firme de actuar. Pero no cualquier modo de ser y manera de actuar se dice es moral. La cultura ciudadana ateniense del s. IV a.C proporcionó a Aristóteles la base para perfilar una noción de *moral* que ha ejercido un decisivo influjo en la filosofía política y moral occidental: es la *moral del ciudadano*. Aristóteles encuentra en el análisis de la vida política ateniense la clave para determinar la manera de ser y de actuar modélicos de sus ciudadanos, su *ethos*, su *moral*. De una concepción teleológica -*telos*, finalidad o causa- de la naturaleza humana, Aristóteles considera que lo *moral* es lo que constituye la felicidad del ser humano: la vida excelente, virtuosa. ¿Y en qué consiste esa vida excelente o virtuosa del ciudadano? Consiste en el desarrollo armónico de todas sus potencialidades, en particular, al conocimiento, a la verdad, a la razón, al bien, que constituyen la naturaleza humana. Para la consecución de excelencia es fundamental la sabiduría práctica, la prudencia, que apoyada convenientemente en la experiencia y la reflexión, genera los hábitos de elegir el justo medio entre los extremos. *Moral*, pues, en Aristóteles designa la manera de ser y actuar del ciudadano excelente.

Me he detenido en Aristóteles por ser el primer filósofo sistemático en reflexionar una noción magistral de la ética en la concepción de las *virtudes éticas*, esto es, saberes que se desenvuelven en la práctica, encaminados a la consecución de un fin, el florecimiento del ser, la felicidad, que es comunitaria en la vida cívico-política de la polis.

11. Se ha dicho que la Pedagogía es el arte de conversión ética del humano, es decir, de convertir su primera naturaleza animal en segunda naturaleza racional o espiritual. En otros términos, salir de la ley de la selva para iniciarse en la ley de la civilización. De tal manera que la capacidad de razonar y de efectuar la vida virtuosa se convierta en un hábito. Dice Hegel, en su lenguaje abstruso, pero de honda significación: “La ética es la idea de la libertad como bien viviente que tiene en la autoconciencia su saber, su querer, y por medio de su actuar, su realidad; actuar que tiene a su vez en el ser ético su fundamento en sí y para sí y su fin motor. Es el concepto de la libertad que ha devenido mundo existente y naturaleza de la autoconsciencia”. Persona ética es, por consiguiente, hombre y mujer libres que tienen su máxima realización en la cotidiana autoconciencia de saberes, querer y actos personalmente validados: saber, querer y actuar forman un ser íntegro. Mundo ético y mundo personal inseparablemente unidos.

12. Los antiguos griegos y romanos no hacían, pues, la distinción que hoy hacemos entre moral y ética. Si viajamos en el tiempo para interrogarlos, no entenderían por qué le hacemos la pregunta con respecto a marcar diferencias. No obstante, si queremos hoy servirnos de ambos términos para pensar dos realidades diferentes, según Aranguren, podríamos acudir a los filósofos que, a partir de Aristóteles, pensaron con más claridad: Kant, el gran filósofo de la moral; Spinoza, de la ética. La moral obliga, la ética aconseja.

13. El error consistiría en pretender oponerlas y elegir entre una y otra. Nadie puede prescindir de ética ni de moral, porque ambas responden a la pregunta ¿cómo vivir? Que tiende la mayoría de las veces hacia la felicidad y culmina en la sabiduría.

14. La historia de las palabras -etimologías y significados- no reduce la experiencia de vivir éticamente, a lo que nosotros, en un intento clarificador, hemos expuesto. Nunca las palabras -meros símbolos de *realidades afuera* de ellas- captan la riqueza insondable del vivir. Así, la ética es un trabajo, un proceso, una andadura: es el camino reflexionado del vivir, en tanto que se examina a sí mismo, como pretendía Sócrates, el vivir virtuoso aristotélico, que tiende a la vida buena, o la menos mala posible de los estoicos, o la vida amorosa de místicos, que, en definitiva, es la única sabiduría verdadera.